

LIBRO SEGUNDO

LA TRADICIÓN

I

Cómo se perdió y se ha vuelto á encontrar la tradición oriental

Toda revelación viene de Oriente, y transmitida al Occidente recibe el nombre de tradición. El Asia tiene sus profetas; la Europa sus doctores. Unas veces estos dos mundos, ecos de la misma palabra, comulgan, se atraen, se confirman mutuamente y guardan el recuerdo de la tradición común; otras combátense sus genios y se oponen á la manera de dos sectas, sus riberas parecen separarse ó al menos se olvidan para encontrarse y confuudirse más tarde, sin que el acuerdo se restablezca nunca, no siendo por el nacimiento de un nuevo dogma ó de un dios nuevo. De esta suerte, el cuadro de tales alternativas de alianza y separación, de unidad y división, eslo también el de las épocas principales de la vida religiosa y de la tradición universal.

El libro más occidental del Oriente, la Biblia, no hace apenas mención del Alta Asia, pues el horizonte del pueblo hebreo no se extendía más allá de la Mesopotamia, tocando á lo sumo rara vez en la Bactriana.

Los indios y los hebreos vivieron siempre ocultos unos de otros en una soledad claustral y sin conocerse. Sus destinos eran completamente diversos. El pueblo de Moisés, además, halló inmediatamente sus grandes títulos en su genealogía. Era el hijo de Jehová, el primogénito del Altísimo, y vivía en la morada del Eterno. ¿Qué necesidad tenía de inquietarse por su pasado y de ir á buscar más lejos sus orígenes?

Al contrario, los dioses helénicos, nacidos de la primera unión del Occidente y del alto Oriente, parecían instar sobre todo á Grecia á conservar el recuerdo de su filiación. No sucedió esto, sin embargo, mas antes bien, la Grecia conservó sin saber de dónde le venía el fondo de los dogmas asiáticos. Esto precisamente constituye todo el carácter de esta sociedad, que al nacer, obsidada ya la memoria de las tradiciones que á su pesar le fueron transmitidas, maravillase de sí misma, y al investigar su procedencia, hállase con su palabra ya acabada y sus dioses omnipotentes desde la cuna. Bien pronto de este modo se persuade de que ella, sola en el mundo, lo ha inventado, imaginado y creado todo, y al notar cierto extraño parecido entre sus dogmas y los del Nilo ó el Éufrates, cree

sinceramente que el Asia ha recibido de ella sus ídolos y que la tierra entera no piensa, ni vive, ni respira sino para esa alma ligera que se juzga la dispensadora de todas las cosas. Toda su historia recuerda la estatua de Pígmalión, que se anima con la vida del escultor mismo. La Grecia, como Galatea, desciende de su pedestal de mármol para aproximarse á los objetos que le rodean y cerciorarse de su realidad. En primer término, encuéntrase con el Egipto y sus religiones, y sin asombro alguno dice sonriendo: «Soy yo.» Luego pónese en presencia de la Persia, y al ver de cerca el gran culto del Sol, en tiempo de Jenofonte, exclama también: «Soy yo.» Y así continúa extendiendo su existencia á todo lo que le rodea, hasta el día en que, viniendo á encontrarse con el cristianismo, con aquella doctrina tan ajena al mundo, tan severa, tan austera, tan enemiga de las fiestas olímpicas, tan diferente de cuanto ella había amado, cantado y adorado, herida entonces súbitamente de un estupor religioso, grita con la voz de todo un pueblo: «¡No soy yo!»

Herodoto, en su viaje á Egipto y Fenicia, fué uno de los primeros que notó ya la infatuada vanidad de sus compatriotas. No fué, sin embargo, poderoso á corregirla, pues la Grecia continuó viendo todo el Oriente por los ojos de la Jonia, naciendo de esta ignorancia misma su originalidad en medio de la imitación. Sólo Alejandro pudo romper ilusión tal. Impulsado por su amor á lo des-

conocido, llega hasta las orillas del Indo, viéndose arrastrado por divino instinto hacia la cuna de la raza de que era el primer representante. Entonces es cuando tocando el misterio de los orígenes de la civilización griega, puede mostrar á los helenos los montes sagrados de la India, mina de donde sus dioses fueron sacados. Fué este el instante final del espíritu griego, que quedó desvanecido, al mismo tiempo que salió de su error: rompiendo sus límites cesó su vida. El pensamiento del Alta Asia entretanto se insinúa en las escuelas de Europa. La India es llevada á Alejandría y la tradición universal se encuentra por un momento, pero el cristianismo rompe al nacer la segunda alianza del Oriente con el Occidente.

Durante todo el tiempo de la Edad Media, en efecto, este lazo queda deshecho, como si nunca hubiera existido, pues muy lejos de buscarse y atraerse mutuamente el genio de la Europa durante ella y el de la Alta Asia, se rechazan entre sí. Ni ¿qué podía haber de común entre el ascetismo de aquélla y los esplendores de la naturaleza equinoccial de ésta? ¿Necesitaba, por ventura, el culto de la pasión envuelto entre las brumas del Norte en la fachada de las catedrales, del esplendente sol del golfo de Bengala? ¿Y para qué quería el tesoro de las Indias el Cristo gimiente, flagelado y crucificado del siglo XII? Así es que los cruzados, en su espíritu de conquista, sólo el Gólgota querían. Un sepulcro al pie del desierto de la Siria, el triste

huerto de los olivos empapado aún en el sudor de la pasión, la cima desecada del Calvario, una tierra desnuda para un Dios desnudo: he aquí lo que la Europa deseaba del Asia, mientras que el Alto Oriente, con su Naturaleza pródiga en todos los reinos, quedaba cerrado al espíritu místico de estas generaciones, como la tierra de los hechizos malditos y del demonio del deseo.

Es, pues, cierto que durante todo el tiempo que el dogma de la espiritualidad reinó sin contradicción, la comunicación con la Alta Asia permaneció interrumpida. Inútilmente el veneciano Marco Polo encuentra el continente perdido de la India dos siglos antes de que el genovés descubriese la América. Este camino recién descubierto es bien pronto olvidado, pues las fronteras de Oriente y Occidente se rechazan todavía, no restableciéndose verdaderamente sus relaciones sino cuando la industria en el siglo XV revela el sentido y la índole de la condenación lanzada contra ambos por los tiempos precedentes. La Edad Media misma acaba el día en que el Oriente, con todas las pompas de la vida exterior, es vuelto al Occidente por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. El ascetismo concluye también con ella, y la materia, largo tiempo inmolada por las maceraciones, reaparece triunfante bajo los atractivos del Asia. Al culto del dolor sucede el espíritu de la industria, el Occidente se adhiere una vez más al Oriente, y comienza una era nueva. Y es que la raza europea

ha vuelto á encontrar su cuna y la humanidad se repliega un instante sobre sí misma, con la serpiente de los símbolos que enlaza su anillo alrededor del globo.

Es preciso hacer justicia al siglo XVIII de que bajo su frivolidad ocultó un como presentimiento de un renacimiento oriental, siquiera mezclado de escepticismo y nacido, más que nada, del deseo de encontrar en el antiguo Oriente una sociedad rival de la sociedad hebraica. Debemos añadir, sin embargo, que los enciclopedistas sólo conocieron de la Persia y de la India lo que Herodoto había escrito de ellas. En estas investigaciones y exploraciones en pos de una sociedad perdida, era Voltaire sobre todo el que caminaba delante. Multitud de fragmentos, escritos hacia el fin de su vida, atestiguan su impaciencia siempre creciente, hasta el punto de que en su afán de inquirir todo lo que pudiera disputar al genio hebraico la corona del Oriente, fué muchas veces engañado por obras apócrifas. Su religión complaciente y favorable al alto Oriente la fundó, en efecto, sobre un pretendido manuscrito asiático, el *Ejur Veda*, que hizo depositar solemnemente en la Biblioteca Real, y cuyo autor, que debía ser anterior en muchos siglos á Moisés, resultó luego ser un jesuita misionero del siglo XVII. ¡Voltaire, el rey del escepticismo, demasiado crédulo y confiado, y cogido al fin en sus propias redes! ¿Quién no se maravilla de esto?

Pero realmente era hartó fácil entonces abusar

acerca de la India y de la Persia. Las bibliotecas de Inglaterra poseían ya, es cierto, algunos fragmentos de las antiguas lenguas de esos pueblos, muertos desde los tiempos de Ciro; pero nadie en Europa conocía siquiera el alfabeto del tesoro de recuerdos de aquella doble civilización, que durante miles de años había sido guardada por el genio de la soledad. ¿Cómo, pues, el misterio será descubierto? ¿Cómo roto el sello puesto sobre los labios mudos del Oriente? ¿Cómo aquellas palabras ya enterradas se reanimarían, revelando el pensamiento, las creencias y los dioses perdidos del extremo Oriente? ¿Quién será el primero que dará su nombre á este descubrimiento? Anquetil Duperron. Este fué, digámoslo así, el Marco Polo del siglo XVIII.

Una hoja robada á uno de los libros sagrados de la Persia cae por casualidad ante sus ojos, y á la vista de aquellos caracteres, cuya clave se había perdido, siéntese este joven (apenas tenía veintitrés años) consumido por una curiosidad infinita. Toda la sabiduría del mundo antiguo representábase oculta bajo aquellas letras encantadas, y jura en el acto aprender esta lengua que nadie en Europa entendía, resolviendo ir á deletrearla á las orillas mismas del Ganges. Inspirado por esta idea, engánchase como voluntario en un destacamento de la compañía de las Indias, y parte allá. Él mismo nos cuenta cómo salió de la explanada de los Inválidos, á pie y tambor batiente. Aquel joven solda-

do, que por todo equipaje llevaba la Biblia, los *Ensayos*, de Montaigne, y la *Sabiduría*, de Charrón, llega por fin á las grandes Indias, y desligado allí de su enganche, emprende, solo y sin recursos, inmensos viajes por tierra, á fin de aprovechar mejor las tradiciones é impresiones del país.

De este modo recorre, con una pistola en la cintura y una Biblia en el arzón, la distancia comprendida entre Benarés y las costas de Coromandel, en la época de la guerra entre los ingleses y franceses, maltratado por unos y otros. Llega así á Surata, donde encuentra por fin sacerdotes persas, que habían conservado en el destierro los antiguos monumentos de la liturgia de los magos, del mismo modo que los hebreos en su cautividad conservaron por todas partes los libros de Moisés. Encuentra, pues, aquel antiguo culto del fuego, aquel resto de las llamas que Alejandro no pudo comprender y que una población sin patria reanima hoy con su soplo. Su curiosidad comienza por excitar la desconfianza de los sacerdotes, pero una permanencia de cerca de diez años entre ellos le sirve para ganarse la amistad del más sabio. El parsis le enseña en secreto la lengua sagrada de los persas, el zend, que con el sánscrito es para el Asia Alta lo que son para nuestro Occidente el griego y el latín, es decir, una lengua que sólo pertenece al culto. Pero Anquetil tiene ya entre sus manos los libros sagrados, que ningún europeo había aun visto, pues *la mirada sólo les mancha*, como dicen los mobs.

Saca de ellos multitud de copias; las lee y las traduce, ve así la realidad, la esperanza de toda su vida. Posee al fin, ¡cosa increíble! en su lengua muerta los libros de los magos, compañeros de Darío, de Jerges, de Ciro y de Cambises, y de su viaje va á traer consigo toda una biblioteca compuesta de manuscritos. Como Camoens con su poema sacado del naufragio (pues puede bien compararse el héroe al poeta), vuelve á Europa y publica allí los monumentos de la religión persa momentos antes de estallar la Revolución francesa. He aquí el instante en que la ciencia de la tradición oriental queda fundada, consumándose así al mismo tiempo la revolución en las letras y en la política.

Inglaterra, por otra parte, haciéndose dueña de las Indias, acababa de tomar posesión de ellas por la ciencia. Un francés encuentra la lengua y la religión de los pueblos persas ó zendos; un inglés, William Jones, descubre la lengua de los antiguos pueblos indios. Ahora bien; desde el momento en que esta civilización pudo entrar en la tradición viva de los pueblos, cada sociedad fué en cierto modo recompuesta bajo un nuevo plan. Así los dioses de la Jonia se perciben en las montañas del Asia en los dioses indios, y el Olimpo se aleja hasta el Himalaya. Poco á poco el Occidente recoge los sedimentos y la sabiduría de aquel viejo mundo en manuscritos traídos por los misioneros y viajeros, en himnos, génesis, liturgias, ritos, epopeyas, có-

digos de leyes, escritas en versos, dramas, filosofía, teología y escolástica, una parte de cuyos manuscritos, aun inéditos, eran para nuestro tiempo lo que la *Iliada* y la *Odisea* para el Petrarca, que devoraba inútilmente con sus ojos el primer ejemplar de Homero transportado de Constantinopla á Venecia. Lo que Láscaris y los refugiados de Bizancio hicieron por el renacimiento de las letras griegas, cumplieronlo en nuestros días William Jones y Anquetil Duperron por el renacimiento oriental. Hasta creyeron los orientalistas en el primer ardor de los descubrimientos, y así lo publicaron, que una antigüedad más profunda, más filosófica y más poética que la de Grecia y Roma juntas había surgido del fondo del Asia. Mas ¿será verdad que Orfeo ha de ser vencido por Vyasa, Sófocles por Kalidasa y por Sancharakarya Platón? ¿Por ventura los dioses del Olimpo van á comenzar sus luchas con los antiguos dioses orientales, ó es que por el contrario, dejando unos y otros de disputarse cielos demasiado estrechos, van á reconciliarse en el seno de la tradición universal?

Todo cuanto el pasado encierra de religión, todos los elementos sagrados de la tradición, confúndense súbitamente en un caos divino para engendrar al parecer una nueva forma de la humanidad. Porque lo que en la ciencia sucede, brilla aún con mayor evidencia en la vida civil y política. El Occidente se informa en el Oriente, no sólo por el pasado, sino por el momento actual; la Euro-

pa únese de hoy más al Asia en hechos y en ideas, por tradición é intereses; todos los pueblos quieren poner sus plantas sobre esta tierra en que la esfinge presenta de nuevo su enigma. Pero no sólo es la Europa la que aprende del Oriente; éste, saliendo también de su inmutabilidad, edúcase en las doctrinas modernas. Ni tiene necesidad aquélla de vestir, como Alejandro, la túnica asiática, para gobernar al Asia. Constantinopla misma ha abandonado el turbante. ¿Qué nuevo orden saldrá de la fusión y de los esponsales de estos dos mundos, de estas tradiciones que resucitan, de estas lenguas muertas que se despiertan en un sepulcro embalsamado? Pero ¿no parece preciso que al mismo tiempo que el Antiguo Testamento del género humano se aumenta con las páginas encontradas en las biblias de la India y de la Persia, se desarrolle el Nuevo, y rompa sus velos é irradie más y más el espíritu sepultado en su letra? Y si en el siglo XVI el renacimiento griego y romano, acabando de cerrar la Edad Media, dió al mundo una forma y una palabra nueva que coinciden con la reforma religiosa, ¿no hemos de ver nosotros que el renacimiento oriental de nuestros días ha de corresponder también con una nueva reforma del mundo religioso y civil? Hasta tal punto es verdad que el pasado, al romperse y morir, ha fertilizado siempre el futuro, siendo como la profecía que éste había de cumplir en su día.

El renacimiento oriental

El genio de la industria, los descubrimientos y los viajes no son las únicas fuerzas que han preparado el restablecimiento de la tradición del Alta Asia. La imaginación también y la ciencia volvíanse poco á poco hacia aquel lado, y visitando sobre los barcos mercantes las riberas nuevamente descubiertas, enlazábanlas con las de Occidente por impalpables anillos. Las brisas de Europa y las del Asia unían así sus perfumes en súbitos himnos, y de estos desposorios de los vientos iban á nacer sobre la superficie de un océano virgen formas, imágenes y fantasmas nuevos, que bien pronto flotarian en el cielo engrandecido de los poetas. Hasta bajo una apariencia escéptica hacíase la poesía moderna religiosa al consagrar la unión de los dos mundos vueltos uno á otro, y las primeras huellas de un renacimiento oriental se iniciaban en el origen mismo del renacimiento greco-romano.

Los portugueses, en efecto, que por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza fueron quienes volvieron el Asia á Europa, son también los

primeros que han coronado con la imaginación la alianza que la industria acababa de renovar: pueblo este que sólo un momento aparece en la historia, como para cumplir aquel milagro, y que una vez terminado, vuelve á hundirse de nuevo en el silencio. Sólo un momento de esplendor tiene, y también sólo un poeta y sólo un libro. Pero este poeta es Camoens, que vuelve á abrir para la imaginación las puertas del Oriente, y aquel libro es *Las Lusíadas*, que une á todos los perfumes de Portugal el oro, la mirra y el incienso de Levante, regados á veces por las lágrimas del Occidente. Por primera vez el genio poético de Europa abandona la cuenca del Mediterráneo y entra en los océanos de la antigua Asia. Verdad es que los recuerdos de la Grecia y del mundo cristiano acompañan al poeta aventurero en medio de las olas aun no desfloradas por nave alguna; verdad es que bajo aquellos cielos abrasadores encuentra una angustia que recuerda los males de su país; verdad es que del fondo de aquellas aguas ve surgir las imágenes, los temores, las esperanzas, los fantasmas divinizados y las sirenas del Occidente que se balancean alrededor de la nave; pero por esto mismo es por lo que el poema de Camoens representa con verdad el poema de la alianza del Occidente y del Oriente. En aquel genio que significa la armonía del renacimiento griego y del renacimiento oriental, encontramos, en efecto, juntos los recuerdos de la Europa y los lánguidos perfumes del Asia, de modo

que á la vez que parecen oírse el murmullo de las riberas europeas y el eco del mundo griego, romano y cristiano, créese escuchar también la resonancia en la extremidad opuesta de este inmenso grito: «¡Tierra!», que hace estremecerse al siglo XV en la hora suprema de los descubrimientos de las Indias y la América. Sentimos en cada verso cómo la nave de la humanidad arriba á ignoradas costas, pero por mucho tiempo esperadas, respiramos las nuevas brisas que hinchán las velas del pensamiento humano, y los cielos de los trópicos se miran en las ondas del Tajo, donde si los dioses de la antigua civilización, bajo un cielo distinto transportados, parecen reanimarse y rejuvenecerse, engéndranse por otra parte miles formas y creaciones súbitamente inspiradas por esta naturaleza renovada en la soledad. El río Ganges, por tanto tiempo perdido, es personificado como en la epopeya india del Ramayana, y el Titán griego que pretende cerrar el camino á la nave de Gama, que lleva el porvenir en sus entrañas, surge destilando agua por todas partes de los mares equinociales, tanto más grande cuanto es la diferencia entre el mar de las Indias y el mar de las Cieladas. Hasta aquella lengua portuguesa, tan guerrera y suave á la vez, tan sonora é ingenua, tan rica en clarísimas vocales, parece el intérprete y más natural medio de expresión entre el genio del Occidente y el del Asia oriental. Pero preciso es decirlo: el lazo esencial que todos estos extremos funde, es el co-

razón del poeta, aquel corazón magnánimo que abraza los dos mundos y los une en una misma poesía, en una misma humanidad y en un mismo cristianismo, como si él fuera un alma tan profunda é inmensa como el Océano, y como el Océano enlazase las dos opuestas riberas.

Es difícil decidirse tan pronto á abandonar á Camoens. ¿Ni por qué razón hemos de ocultar nuestra piedad y devoción por tan grande hombre? Todo en él es simpático y grande: su vida de navegante, su poesía, su carácter, su gran corazón, y si algo aquí causa asombrosa pena, es que su nombre no haya sido en nuestros días con más frecuencia pronunciado y más altamente estimado, pues no hay poeta alguno que mejor responda y se asocie á las ideas y sentimientos en aquel siglo dominantes. Hasta su epopeya sin batallas, sin asedios y completamente pacífica (cosa enojosa casi) circunscribe á ofrecer sólo el eterno combate entre el hombre y la Naturaleza, esto es, la lucha en que se han más frecuentemente inspirado los escritores de nuestros tiempos. Hay en ella diálogos formidables entre el piloto y el Océano: por una parte, la humanidad triunfante sobre su nave empavesada; por otra, los cabos, los promontorios, las tempestades, los elementos vencidos por la industria: todo el espíritu, en fin, de nuestra época. No es, pues, la epopeya del Tasso, demasiado romancesca, la que mejor la simboliza, ni menos la de Ariosto, cuya gracia, seriedad y humorismo, representados

en el último de sus trovadores, son del todo incomprendibles para nosotros; ni tampoco, en fin, la del Dante, pues que está ya la Edad Media harto lejos de nosotros. El poema que abre con el siglo XVI la era de los tiempos modernos, es el que, sellando la alianza del Oriente y el Occidente, celebra la edad heroica de la industria; poema no ya del peregrino, sino del viajero y el comerciante sobre todo, verdadera odisea en medio de las factorías nacientes de las grandes Indias y de la cuna del comercio moderno, así como la *Odisea* de Homero es un viaje á través de las cunas de las pequeñas sociedades militares y artistas (1) de la Grecia.

Si de Portugal pasamos á Francia, advertimos desde luego que la corrección del siglo de Luis XIV difícilmente podía acomodarse á las inspiraciones del Asia; siglo en el que hasta la poesía bíblica no tuvo sobre las imaginaciones sino una influencia limitada, viéndose en él á David frecuentemente contrabalanceado por Sófocles. Sólo hacia el fin de su vida fué cuando Racine intentó en su *Atalia* realizar el acuerdo entre las formas griegas y hebraicas, al mismo tiempo que Richard Simón fundaba la ciencia de la interpretación del Antiguo Testamento. Fuera de este paréntesis, nada en rigor podía haber de común entre el genio burlón y

(1) Los del reino de Méjico eran más civilizados y artistas que los de las demás naciones vecinas.—(Montaigne.)

escéptico del siglo XVIII y el genio solemne del Oriente. Si, pues, los escritores de esta época se cubrieron alguna vez con el manto del Asia, hicieronlo únicamente con la segunda intención de encubrir y disimular sus más atrevidas opiniones. Pero sin embargo, el nombre ha sido pronunciado y los espíritus vuélvense hacia aquel lado del horizonte. Pronto arribarán á aquella tierra, y el genio satírico y escéptico irá, como precursor, á lanzar delante de él otra generación que tomará verdaderamente posesión de aquel suelo por la ciencia y por el pensamiento.

Algunos años después de Anquetil Duperron, y como para servir de comentario á esta ciencia naciente, un segundo viajero, que debía producir en las letras análoga revolución, Bernardino de Saint-Pierre, vagaba casi por las mismas costas que aquél, disponiéndose con él la imaginación y la poesía francesa á recibir por vez primera el nuevo bautismo de las olas del grande Océano, al propio tiempo que un alma, nueva también, se insinúa en el siglo XVIII. Dos nuevos personajes, nacidos bajo aquel extraño cielo, Pablo y Virginia, importa de su viaje á los mares de Camoens, y todo en ellos nos dice que desde el primer momento han respirado otro aire y visto otros horizontes que nosotros. Sus dulces pensamientos, más sabrosos que el fruto de la palmera, no han sido inspirados en el centro de nuestras ciudades; su educación ha sido aprendida lejos de las pasiones y recuerdos de

nuestro continente; su misma lengua, de una suavidad desconocida, es semejante á la lengua de las flores en una isla recién salida del fondo de los mares no surcados. Recuérdese aquella moral de sus diálogos que parece engendrada en el espectáculo de los objetos que ante sus ojos constantemente se ofrecen, semejante á las flores que ellos mismos han sembrado, y se comprenderá desde luego que aprendieron á deletrear, no en los libros de nuestro Occidente, sino en aquellos que tienen por páginas montañas aun no holladas, cielos aun inexplorados, estrellas todavía ignoradas, selvas vírgenes, en fin, que se miran en un mar no menos virgen. Es comparable Virginia á algunas figuras de la poesía sagrada de los indios, tales como Sactala y Damajanti, y no deja de ser curioso, en verdad, observar cómo el mismo suelo é idénticas armonías han producido seres poéticos semejantes en el espíritu de los orientales y en el de un hombre del Occidente. Así es que Virginia pertenece sin duda á la misma familia que las vírgenes y las apsadas de los poemas indios, con su misma dulzura, sus propios instintos, idéntico amor á las plantas é igual ternura hacia toda la Naturaleza viviente, aun cuando todas estas cualidades hechas más delicadas y simpáticas por el cristianismo. Y si nos referimos á sus *Estudios de la Naturaleza*, adviértese mejor aún que han sido pensados en el país mismo de las grandes Indias. Por eso en aquel amor hacia las flores y las aguas y los pequeños

insectos, revélase como la dulzura de una criolla, y cuando describe la manera con que el indio respeta, en su mansedumbre universal, las ramas de los bosques y hasta el rocío de las noches, no parece sino que sentimos las mismas impresiones recogidas é inspiradas en la propia realidad. De la impresión total resulta un bracmán cristiano.

Pero ya ha llegado la hora de pronunciar el nombre del poeta soberano que, más que ningún otro, cimentó la unión de la Europa y el Asia. Fué éste uno de los más ingenuos admiradores de Bernardino de Saint-Pierre, que iba á complementar su *Pablo y Virginia* en medio de las batallas y que selló la alianza del Occidente con el Oriente, no ya por la palabra, sino por sus hechos, por la grandeza de sus empresas, por su vida política y militar. En su espíritu había trazado el camino de Francia desde el Nilo hasta el Ganges, á través de la Persia, y nuevo Alejandro, pretendía rehacer el trabajo del antiguo, escribiendo el poema de aquella alianza con trazos de sangre desde las Pirámides hasta las fronteras de ese otro Oriente que comienza en Kremlin. ¿Conocéis ya á este poeta que se ahogaba en Europa? Su nombre es Napoleón. Él, más que nadie, imbuía en el corazón de la Francia el espíritu y el alma del Asia, escribiendo en sus proclamas sus poemas; él cambió, no sólo el espíritu y las instituciones, sino hasta la lengua de su país, de modo que cuando exclamaba: «Habéis descendido desde los Alpes como un torrente», ó también:

«Yo soy el dios de los ejércitos», rompía y trastornaba el molde de la lengua diplomática del siglo de Luis XIV, y esgrimía más bien la palabra de un Mahoma occidental, cosa que no debe maravillarnos, siendo así que su educación había sido formada en Aboukir, en el Cairo y en el monte Tabor.

Inglaterra, por otra parte, concurría á este mismo renacimiento oriental. Á los trabajos puramente científicos de los William Jonnes, los Wilson y los Colebrooke, respondían con igual espíritu las obras de arte y de imaginación, hasta el extremo de que todo escritor se creía obligado á debutar por un poema asiático. Fácil sería desde luego encontrar en los poetas de la escuela de los lagos y en el panteísta Schelley, cuyos dramas parecen calcados en los dramas indios, la influencia oriental, bastando para mostrarla recordar el título y el asunto de la mayor parte de sus obras; pero con objeto de no hacernos demasiado superfluos, nos ceñiremos al poeta que á todos los resume. Desde 1809 tenía ya proyectada lord Byron su excursión á la Persia, que luego se trocó en una mansión de cerca de dos años en la Morea y en Constantinopla: he aquí un nuevo lazo de oro y de diamante que unirá la Europa y el Asia. ¡Cuántas veces el poeta ha de recordarnos que sus manos han tocado y sus pies hollado aquella tierra en que crecen el olivo y el ciprés, en que las mujeres son más suaves que las rosas, en que las rosas son sultanas del ruiseñor, en que todo, en fin, es divino, excepto el pensa-

miento del hombre! El viaje de Childe Harold, esa peregrinación de la desesperación, que comienza y acaba en los mares y costas de Levante, muestra suficientemente dónde se halla la patria adoptiva de su imaginación, y al visitar su inmóvil Naturaleza y sus horizontes armoniosos, nobles sepulcros del pasado en que todo se ha convertido en silencio, reposo, dulzura y encanto, descubre desde luego y adivina la misteriosa belleza que en su poema desde las primeras palabras ha de maravillar al mundo, y que no procede sino del contrato de esa paz y reposo de la naturaleza oriental con los pensamientos turbados y las torturas morales que un hombre del Occidente, salido de entre nosotros, lleva á aquellos lugares. Atenas, Troya, Corinto, dormían bajo las rosas y los olivos, pero de repente estremécense con un grito agudo y lamentable queja; á lo lejos, el mar estaba en calma, el sol se adormecía en los flancos perfumados de las montañas, y muelle languidez extendíase por todo el horizonte, pero de súbito aquel cristal azul de los mares de Levante refleja la imagen de la tormenta espiritual de los pueblos de Europa. Y es que la voz del Occidente, el grito discordante de nuestras sociedades, se ha escapado de un corazón transido en el centro mismo de las armonías del clima del Asia. Tal es el viaje de Childe Harold, que llenó con los gritos de tristeza de nuestras sociedades desfallecidas los paisajes tan apacibles, tan eternamente serenos de Ática, las Cicladas y

el Asia Menor, gritos que, resonando hasta nosotros, han hecho reconocer á más de un hombre del Occidente el eco de su propio corazón en aquel eco salido del Bósforo.

Pero Byron no se contentó con expresar esta fusión y como nupcias espirituales entre el Asia y la Europa sólo por medio del pensamiento, sino que enlazó su isla de Albión al continente asiático con vivientes cadenas, esto es, con personajes y seres que él mismo animó con su soplo, tales como el Corsario, Lara, Giaour, Mazeppa y la Prometida de Abydos, criaturas semiinglesas y semiasiáticas, que se elevan como un gran coro de voces y se llaman y se responden en torno de la cuenca del Mediterráneo: que es el genio inglés demasiado insular para despojarse y olvidarse de sí mismo en el seno de otro clima, siendo esta misma permanencia del tipo nacional la que da á las composiciones orientales de Byron sentido tan profundo.

Lara, aquel gran señor feudal que personifica toda su poesía, ha vagado largo tiempo lejos del Occidente, ha tostado su tez bajo un cielo abrasador, ha aprendido las lenguas del desierto, y bajo el aspecto glacial de los hombres de su país, oculta en su corazón el fuego de la Arabia. Todas sus costumbres son asiáticas. En una isla africana ha sido pirata; en Corón ha habitado el palacio de un pachá; ha sido redimido por Gulnara, que ahora, bajo la figura del joven paje Kaled, vela por él á su vuelta en su mansión feudal de Inglaterra. Y si

necesitamos otro ejemplo de esa mezcla del Asia y de la Europa, ahí tenemos á Manfredo, ese orgulloso castellano, que en medio de los ventisqueros de la Suiza, conversa con los espíritus de las montañas, invocando á los genios de Oriente y del culto persa, Ahrimán y Ormuzd, que, obedientes á su voz, vienen á desflorar con sus pies de fuego las nieves de los Alpes y á introducir la extraña preocupación del Asia hasta en las brumas invernales de la Suiza alemana. Tales son en esta poesía las figuras del Occidente, una mezcla del caballero y del pachá, la feudalidad anglonormanda unida al fanatismo musulmán, la Escocia de Ossian desposada con el Asia de Mahoma. Por lo que hace á los tipos orientales, sólo á Giaour recordaremos, semicristiano y semimahometano, ó más bien, un renegado del cristianismo y del islamismo, escéptico á la vez de las dos religiones y de los dos mundos, doble blasfemia de la Europa y del Asia, que moribundo en el monasterio del monte Athos, exclama: «Ni el paraíso ni el reposo me hacen falta.» En él sólo existe la apariencia de la flema oriental, y si la calma aparece en su frente, la tempestad se anida en su corazón. No vive tendido y medio embriagado por el opio sobre una ribera embalsamada, como sus hermanos, sino que monta fogoso caballo, y vuela agujoneado y flagelado por todas las pasiones de nuestra civilización anhelante, y así como los metales enrojecidos y de naturaleza distinta se funden y retuercen en el horno, únense

en aquella alma, á la vez de oro y bronce, todos los dolores, pasiones, recuerdos, angustias y prejuicios de nuestra sociedad cristiana y de la sociedad musulmana. En fin, si es preciso que hablemos de las mujeres que dan vida á estas composiciones, Gulnara, Medora, Kaled, Zuleika y Leila, observaremos asimismo que todas ellas son hijas legítimas del Asia, pero nos guardaremos al propio tiempo de ir á buscarlas al Oriente, si es que no queremos perseguir sombras, pues si llevan en sus tipos el sello de esta comarca, también fueron marcadas con el de Europa. Así es que bajo sus frentes impasibles y la calma de aquellas criaturas de mármol, palpitan las cóleras, las ansias y las tempestades morales de nuestra sociedad de Occidente, siendo vano buscar la resignación ó la apatía en aquellos corazones atormentados. En su alma, pues, son hermanas nuestras, y la más apacible de todas, la más oriental en apariencia, Medora, aparece sobre la cima de su roca demasiado soñadora, demasiado reflexiva y fácilmente atormentada para ser una verdadera Argeliana. Y es que la melancolía de los lagos de Escocia asoma velada á través de sus pupilas, que reflejan el azul del mar del Atlas y el cristianismo palpita en aquellos corazones musulmanes.

III

El renacimiento oriental*(Conclusión)*

La influencia del genio oriental sobre el genio alemán no data de ayer, y sería imposible asignar la época precisa en que pudo haber comenzado, pues se halla embebida en la constitución misma de la lengua, que parece adquirida inmediatamente en las propias fuentes de la palabra oriental, en el antiguo idioma de los medos, cuyo sello y aspiraciones más que ninguna otra ha conservado (1). Seguir paso á paso desde la Persia hasta la Escandinavia el rastro de esta lengua, que de oriental se cambia poco á poco en occidental, mudando de color á la vez que de cielo, sería seguir paso tras paso también la emigración de los pueblos germánicos. En este cambio sucesivo de morada, si las formas antiguas han desaparecido, el fondo de los instintos y el genio mismo de la raza han perma-

(1) Grimm, *Deutsch Gramm*, I, pág. 177.—E. Bornout, *Yaçna*.